

*Padre: en tus manos encomiendo mi espíritu*, dijo por última palabra Jesús, y diciendo esto, expiró, dice el evangelista. ¿Lo habéis entendido? *Y al decirlo, expiró*. Ahora, pecadores, si que está consumada vuestra obra; ya os podéis dar por satisfechos, porque Jesús ha muerto á causa de vuestros pecados; ¿queréis más? ¿No os basta lo que habéis hecho? Pues entonces tomad lanzas y abridle su corazón amoroso, sacadle cuanta sangre le quede; heridle, blasfemad de su santo nombre, deshonradle con vuestra conducta impia y atroz; pero temed su justicia.

¡Ah pecadores! muévaos ésta á contrición, si ya no os mueve su amor; muévaos á la enmienda de la vida, al arrepentimiento y al dolor. Porque sabed, repito, que nosotros le hemos crucificado y muerto: á nuestro Jesús, á nuestro Dios, á nuestro Redentor y Salvador. Este conocimiento, esta confesión pide lágrimas, en lugar de reflexiones, en vez de palabras. Derramadlas en abundancia á los pies de este buen Señor, y de lo íntimo del alma decidle: Señor mío Jesucristo, ya no queremos vivir, sino morir con vos y para vos eternamente. *Amén*.

## LA SEPULTURA DE JESUCRISTO

*Cumque consummasset omnia quae de eo scripta erant, deponentes eum de ligno, posuerunt eum in monumento.*

Y después que cumplieron todas las cosas que estaban escritas de él, le quitaron de la cruz, y le pusieron en el sepulcro.

(Act. XIII. v. 29.)

Parece extraño é inconcebible á primera vista que Dios, según la narración del Génesis, después de haber terminado en seis días la creación del mundo, descansase el séptimo, como el que está fatigado de una obra grande y trabajosa. La obscuridad de este pasaje pro-

viene de que se atribuye sólo á Dios, como Dios, lo que es propio del Hombre-Dios, de que se quiere entender de lo pasado lo que es una profecía brillante de lo futuro, y de que se aplica á la figura lo que sólo se verifica literalmente en el que es la realidad. El mismo Dios que crió el mundo fué el que lo reparó. La misma sabiduría eterna, que en otro tiempo formó al hombre en el sexto día, le rescató precisamente en el sexto día, muricndo por él; con la diferencia sin embargo de que mientras que la creación del mundo fué como un juego del poder divino, la redención fué un verdadero trabajo, fué la obra de Dios por excelencia; mientras que la creación fué el efecto de un precepto general, de una palabra emanada de Dios, la redención fué un trabajo penoso y largo, una verdadera fatiga para el divino artifice que la llevó á efecto.

Efectivamente, más trabajo costó á Jesucristo, si me es lícito hablar así, disipar las tinieblas de la idolatría, que criar la luz; más trabajó para destruir los vicios, que para producir los animales; más se afanó para reparar en el hombre la imagen de Dios desfigurada por el pecado, que para formarla la primera vez. Al revelarnos la Escritura que Dios, en cuanto Dios, descansó al séptimo día, después de acabada la obra de la creación, quiso anunciar de antemano que el Hombre-Dios descansaría en la tumba al séptimo día, después de haber consumado la obra mucho más sublime é importante de la Redención del género humano. Ved aquí porqué la historia del reposo del Dios Criador se lee el sábado santo bajo el título de *profecía*, porque ella es en efecto una profecía del reposo del Dios Redentor; y porque este misterio debía cumplirse en sábado, fué por lo que los judíos celebraron siempre el sábado como un día de gran solemnidad. San Pablo, en sus famosos discursos á los judíos, en los que refería la historia de la Redención, llamaba particularmente su atención sobre este misterio, diciéndoles: «Después que los discípulos hicieron todo lo que estaba escrito de él, le bajaron de la cruz, y le pusieron en el sepulcro. Meditemos pues en el día de hoy sobre los misterios secretos encerrados en estas sencillas palabras, apenas consideradas por los cristianos; encontremos en ellas motivos para instruirnos cada vez más, y para abrasarnos en el amor de Dios que murió por nosotros.

Prosternados delante de vos, os adoramos, y os suplicamos rendidamente que dejéis caer sobre nuestras pobres almas una sola gota de esa sangre divina con que fuisteis regada, para que borre en nosotros las manchas del pecado, nos alcance la gracia y el perdón, acreciente nuestros méritos y nos asegure las recompensas eternas: *O cruz, ave, spes unica. Ave Maria*.

La flor de Nazareth habia inclinado ya sobre su tallo su cabeza lánguida. El autor de la vida habia sufrido voluntariamente la muerte más cruel. Jesucristo habia consumado ya el grande é incomprendible misterio de su caridad y de nuestra salvación; y de su corazón amoroso, atravesado de parte á parte por una lanza cruel, del seno del nuevo Adán, que dormía un sueño de muerte, habia nacido ya, purificada en su sangre, cubierta del rocío de su gracia y rica con sus méritos, la nueva Eva, brillante y gloriosa, la Iglesia. Y sin embargo, ¡oh indiferencia, oh cobardía de los discípulos! Ninguno de ellos se presenta para tributar los últimos deberes al cuerpo adorable de su Divino Maestro; del mismo modo que le habian abandonado cuando estaba vivo al furor de los soldados en el huerto de Getsemani, así también después de su muerte le abandonan en el Calvario al furor de los judíos, que ya se disponen á insultar estos divinos despojos, sepultándolos sin consideración alguna al pie del Gólgota en la fosa común de los ajusticiados.

Pero no temáis, hermanos míos; el Padre Eterno vela sobre los preciosos despojos de su Hijo. Los ángeles, que le forman un cortejo invisible con sus innumerables legiones, le defienden al mismo tiempo que le adoran.

José, originario de Arimatea, y que habitaba en Jerusalén, distinguido por la nobleza de la sangre y por sus riquezas, y condecorado con las más altas dignidades, pues que era uno de los setenta magistrados que componian el consejo supremo de *los ancianos del pueblo*, es el hombre que la Providencia ha elegido en sus sabios consejos para la alta misión de dar sepultura al cuerpo del Hijo de Dios. José cree que ha llegado el momento en que es necesario que el discípulo de Jesucristo se declare y no se ruborice de su Maestro; él se presenta, pues, á Pilatos con ademan intrépido y corazón resuelto; y sin temer la política del gobernador, más inhumana aún que su crueldad, le dice: «Sabe que yo soy también discípulo de Jesucristo y me honro de serlo. En esta virtud vengo á pedirte su cuerpo; él me pertenece.» Pilatos, sorprendido y confuso al oír esta libertad de lenguaje, no le objeta que el cuerpo de un ajusticiado pertenece á la justicia pública, y que un simple particular no puede tener derecho á reclamarle. Sólo se contenta con mandar llamar al Centurión, encargado de asistir á la sangrienta ejecución del Calvario, é informarse de él si Jesús estaba efectivamente muerto; permitiéndolo Dios así, para que la certeza de esta muerte, que nos ha dado la vida, quedase más consignada con respecto á nosotros. Después de haber oído Pilatos de la misma boca de este testigo fiel, que

Jesús habia expirado realmente lanzando un gran grito, mandó que el cuerpo de Jesús se entregase á José, á quien en cierto modo hizo un regalo de él. ¡Regalo magnífico! ¡precioso tesoro!

El generoso Nicodemus se asocia al intrépido José en este precioso deber; él lleva una composición exquisita de mirra y áloe, como unas cien libras, para embalsamar, según costumbre, el cuerpo del Señor. Cualquier otro que José se hubiera ofendido de esta generosidad, y hubiera dicho: «Guarda tus perfumes, Nicodemus; ¿no soy yo bastante rico para dar aun más de lo que sea necesario? Yo doy espontáneamente el sepulcro, yo puedo también dar la mirra.» Pero no, una misma gracia ha elegido estas dos almas generosas, una misma caridad y una misma religión las une. El piadoso José ve con un santo gozo á su colega en el Sanhedrín asociarse á él para tributar los últimos honores á la sepultura de Jesucristo.

¡Oh providencia de Dios! ¡cuán admirable, os mostrasteis en los honores de que quisisteis rodear los despojos mortales de vuestro Hijo! ¡Cómo supisteis vengar su memoria y su nombre, y confundir el odio ciego y la grosera calumnia de sus enemigos! Los fariseos, en su insolente orgullo, habian dicho hablando del Salvador: «¿Quién es este hombre que dice ser el Mesías? ¿Acaso ha creído en él alguno de los príncipes de los sacerdotes ó de los senadores? El no encuentra partidarios sino entre las mujeres, el bajo pueblo y los ignorantes que no conocen la ley, personas todas que, por lo mismo, están como malditas de Dios.» Pero ved aquí que Dios da un mentis solemne á estas palabras insultantes. Ved aquí que dos de los miembros más ilustres, más opulentos y más influyentes, y, sobre todo, los únicos hombres de probidad, los únicos piadosos del Sanhedrín, se declaran abiertamente discípulos de Jesucristo después de su muerte, y tributan á su inocencia y á su divinidad un testimonio público y solemne. A la vista de un pueblo inmenso suben á la cruz, que no era todavía el adorno de la diadema de los emperadores, sino solamente un infame patíbulo. Ellos son los primeros discípulos que se glorian de la cruz, que adoran la cruz, que publican las grandezas de la cruz.

¡Con qué sentimientos de ternura y de respetuoso temor en su corazón, con cuánta modestia, con cuánto recogimiento y con cuánta devoción acercan sus manos puras para tocar el cuerpo inmaculado de Jesucristo, el tabernáculo de la divinidad! Nicodemus, dice San Buenaventura, quita los clavos, y José recibe este cuerpo sagrado en sus brazos, y dichoso con tan preciosa carga, le estrecha contra su corazón. Maria asiste á este acto de piedad y de religión con el cora-

zón atravesado por la espada del dolor, pero con la frente serena, el semblante tranquilo y majestuoso, y la actitud sublime como convenia á la Madre de tal Hijo. De pie al lado de la cruz, recibe primeramente en su seno los clavos que atravesaron cruelmente las manos y los pies de aquella Humanidad tan amada de su corazón. Ella recibe igualmente en sus brazos aquel cuerpo adorable, y le coloca en el mismo seno virginal que le habia lactado. Después, toda absorta en tan sublimes misterios y como en el éxtasis del dolor, estrecha contra su seno la prenda tan amada de sus castas entrañas, y la ofrece al Padre Eterno por la salvación de todos los hombres. Juan, el discípulo amado, se precipita sobre los divinos despojos, y reclina por segunda vez su cabeza virginal en aquel pecho sagrado, santuario del amor infinito, sobre el que habia tenido la dicha de reposar la víspera de su pasión. Magdalena toma en sus manos, riega con lágrimas y cubre de piadosos besos aquellos pies divinos inmóviles, de los que habia recibido en otro tiempo tanta contrición, tanta gracia, tanta paz y tanto amor. En una palabra, todas las personas santas y devotas presentes á esta triste ceremonia, las santas mujeres, el Centurión y sus soldados convertidos, se apresuran á porfia á tocar con una respetuosa ternura aquella carne divina, de la que emana un perfume y una virtud inefable que infunden el consuelo y la paz en todas las almas.

José y Nicodemos, después de haber embalsamado y envuelto en lienzos muy blancos el cuerpo del Hijo de Dios, lo levantan en alto y lo ofrecen al Padre Eterno por sus pecados personales y por los de todo el mundo; ellos son los primeros en continuar este sacrificio eterno que durará en nuestros altares hasta el fin de los siglos, para perpetuarse después en el cielo en los abismos del amor infinito. En verdad no consagran aquel cuerpo divino de una manera eucarística, porque lo tienen visible y realmente en sus manos; mas lo ofrecen á Dios y lo presentan desde la cumbre del Gólgota á la adoración de los hombres. ¡Ah! en el mismo lugar en que Jesús y su Santísima Madre ofrecieron el sacrificio sangriento, se ofrece por sus discípulos el mismo sacrificio de una manera incruenta. La Iglesia aprendió de estos santos hombres el modo de tratar, de sepultar místicamente y de recibir el cuerpo de Jesucristo. Para conservar la memoria del acto de José y de Nicodemos que embalsamaron este cuerpo sagrado, le envolvieron en lienzos sumamente blancos, y le depositaron, no en un ataúd, sino en un sepulcro abierto en la roca, la Iglesia usa también por altar una piedra de una sola pieza, sobre la que derrama ciertos perfumes y deposita el augusto Sacramento en unos lienzos blancos

que del cuerpo del Señor toman el nombre de *corporales*; costumbre muy antigua de la Iglesia que el pontífice San Silvestre convirtió en ley.

En otro tiempo José, el esposo inmaculado de María, suministró blancas telas de lino en las que esta divina Madre envolvió á Jesús en su nacimiento; y los santos reyes magos llevaron la mirra misteriosa para honrarle. Ahora que Jesucristo acaba de morir, otro José proporciona el lienzo sagrado destinado á envolverle, y Nicodemos, y las Marías, como otros reyes magos, llevan la mirra para embalsamarle. Hay sin embargo la diferencia de que el lino y la mirra de que se sirvieron en su nacimiento fueron el emblema de la condición de su cuerpo *real*, mientras que los lienzos y la mirra de que usaron para sepultarle son una enseñanza para la conducta de su cuerpo *místico*, es decir de los fieles. La blancura de los lienzos y el olor de la mirra que rodean su cuna, significan que Jesucristo viene al mundo para observar una vida pura, pero llena de amarguras; una vida inocente pero mortificada; que, á excepción de la sombra misma de pecado, se verá sujeto á las enfermedades, al dolor, á la ignominia, á la pasión, á la muerte y á todas las penas del pecado; ellos representan en una palabra á Jesucristo santo é inmaculado, porque es verdadero Dios, pero pasible y mortal, porque es verdadero hombre. Al contrario, por la blancura del lienzo en que Jesucristo quiere ser envuelto después de su muerte, y por la mirra y el aloe, enseña al alma fiel que las disposiciones con que debe recibirle en la tumba mística de su corazón, deben ser la pureza del alma, la amargura de la penitencia y la mortificación del cuerpo.

El misterio del sepulcro ofrece otras lecciones todavía más importantes. Observemos en primer lugar, que si Jesucristo no hubiese muerto, no podia resucitar, y que si no hubiese resucitado, su muerte de nada nos hubiera servido. ¡Ah! exclama San Pablo, si el drama de una pasión tan ignominiosa y tan cruel no hubiera tenido la resurrección por desenlace, Jesucristo no hubiera sido más que un hombre justo, mártir de su celo por la ley de Dios y de su amor por el prójimo, pero no hubiera sido el Hijo de Dios y Redentor del hombre. Nuestras deudas para con Dios no estarían satisfechas; nuestros pecados subsistirían aún, y con ellos nuestra esclavitud y nuestra condenación. La resurrección de nuestro Salvador borra los oprobios de su muerte, y nos hace conocer que esta muerte fué de un valor y de una eficacia infinita para redimirnos, supuesto que nos prueba que el que la sufrió era verdaderamente Dios, y ella es por consiguiente la piedra fundamental de la verdad de su religión. Pero el

misterio de la sepultura es el que une y hace evidentes los dos dogmas tan importantes de la muerte y la resurrección de Jesucristo.

El misterio de la sepultura de nuestro Salvador es también la manifestación y la prueba de otros tantos misterios no menos importantes. En primer lugar, este sepulcro no es propiedad suya ni de su familia; es una concesión que se le ha hecho por la piedad de otro. ¡Cosa sorprendente! El Hijo de Dios hecho hombre no tuvo cuna en su nacimiento, y ahora después de su muerte tampoco tiene un lugar propio en donde ser sepultado. ¿Tenía acaso necesidad de sepulcro el que tiene los cielos por morada? ¿Tenía necesidad de sepulcro el que sólo había de permanecer en él por espacio de tres días, no como un cadáver, sino como un hombre recostado para descansar? Así pues, si Jesús no tuvo casi sepultura propia en el mundo, esto prueba que su reino no es de este mundo, que él tampoco es de este mundo, y si nada poseyó en propiedad, consistió en que es el dueño de todas las cosas.

Los grandes de la tierra, según el pensamiento de San Ambrosio, se construyen magníficos mausoleos, para tener un lugar donde disolverse con honor. Pero el vencedor de la muerte no tenía necesidad de un lugar especial para reducirse en él á polvo, como los demás hombres. Él fué encerrado en la tumba para que la verdad de su muerte quedase consignada, pero no para sufrir allí la corrupción; fué puesto allí como en un depósito para salir al momento; mas no para permanecer allí como en la región eterna de la muerte.

Los fariseos, después de haberse asegurado de que el cuerpo de Jesucristo estaba encerrado en el sepulcro, y haber comprobado su identidad, le encerraron de nuevo, y volvieron á asegurar con cal y con betún la enorme piedra que lo cerraba; después, con licencia que habían obtenido de Pilatos, hicieron construir una especie de barrera al rededor del sepulcro, y lo rodearon de guardias pretorianas armados de centinelas militares que se relevaban por turnos, para prohibir que nadie se acercase. Finalmente, para evitar toda infidelidad por parte de los mismos centinelas, pusieron, todo al rededor de la losa que lo cubría, los sellos de la sinagoga, de cuya integridad hicieron responsables á los soldados. Los judíos reúnen allí centinelas y guardias por odio á Jesús; pero Dios, valiéndose de ellos, los envía para honrar la tumba de su Hijo, y en tanto que los judíos agotan todos sus esfuerzos para impedir que el cuerpo de Jesús sea robado, sólo trabajan para hacer creer muy pronto que ha resucitado.

Observemos también que el sepulcro de Jesucristo, prestado sólo por algunas horas, es propiedad de José, que es el que lo da. ¡Oh

admirable coincidencia de funciones de nombres! Jesucristo entró en el mundo á la sombra de la castidad de José, esposo de María, y ahora sale del mundo á la sombra de la piedad de otro José. El sepulcro nuevo es la imagen de la virginidad de María. El primer José había tomado á María por esposa, y por el milagro de su castidad la dejó intacta al Verbo Eterno para que pudiese ser concebido en su seno virginal; del mismo modo, el segundo José había construído una tumba para sí; pero, arrebatado por su piedad, la cede pura é intacta á Jesucristo á fin de que pueda en ella resucitar. Depositarios afortunados del mismo tesoro, el uno viste á Jesús en su nacimiento, y el otro le reviste después de su muerte; el uno fué testigo de su milagrosa concepción y de la virginidad de la Madre, y el otro lo es de la resurrección y de la divinidad del Hijo.

El sepulcro es sencillo y sin fausto; en él no se ven mármoles ni metales, ni adornos, y Jesús condena así el loco orgullo y la ambición insensata de los grandes que no quieren separarse de sus riquezas ni aun después de su muerte. Mas sin embargo de renunciar el Salvador á la vanidad, no por eso renuncia á la pureza; porque él quiso ser depositado en un sepulcro sencillo, pero nuevo, así como en otro tiempo quiso nacer de una madre pobre, pero virgen. Ninguno más que Jesús fué concebido en las castas entrañas de María, ni antes ni después de él; así ni antes, ni después de él, nadie fué colocado en el sepulcro que recibió el cuerpo del Salvador. ¡Oh cuerpo verdaderamente santo, adorable y bienaventurado por haber tenido la virginidad por madre y la justicia por guarda! Jesucristo se muestra siempre y en todas partes verdadero hombre y verdadero Dios. Verdadero hombre, pasando por los estados más abyectos de la humanidad; verdadero Dios, no mostrándose celoso sino por la santidad y la pureza, la única compañía digna de su persona, el único don que conviene á su majestad.

Ved aquí porqué, así como en su nacimiento despreció los palacios de los reyes, así en su muerte rehusó los mausoleos de los Augustos. Mas, así como á pesar de nacer en una pobre cabaña quiso que esta humilde gruta estuviese adornada con la virginidad de María, con la fe de José, con la inocencia de los pastores y con la humildad de los magos, del mismo modo, al morir, quiso ser depositado en un sepulcro sencillo, abierto en la roca; él no permitió, sin embargo, que ninguna mano profana, que ninguna mirada malévola, que ningún corazón inhumano se acercase á él; por el contrario quiso tener por cortejo todas las virtudes, es decir, la constancia de María su Madre, la virginidad de Juan su discípulo, las lágrimas de

penitencia de Magdalena, la piedad de las Marías, el valor de Nicodemus, la justicia de José y la fe del Centurión. Las mismas flores del pequeño huerto donde estaba el sepulcro, abriéndose en el momento en que se presentó en aquel lugar el cuerpo de Jesús, é inclinándose sobre sus tallos para rendirle homenaje, fueron el emblema de las flores mucho más agradables á sus ojos de todas las virtudes que le acompañaron y le anunciaron como el Dios de la santidad infinita. Sólo á un Hombre-Dios correspondía morir como murió Jesús, sin debilidad. Sólo á un Hombre-Dios correspondía ser sepultado, como lo fué Jesús, rodeado de pureza y de santidad.

Nuestro Salvador no separó jamás, en estos misterios tan sublimes y tan tiernos, la causa de Dios de la causa del hombre, ni los intereses de Dios de los intereses del hombre. Ved aquí porqué en el misterio de su sepultura no sólo tuvo presente el triunfo de su religión y la gloria de su divinidad, sino también nuestra instrucción y consuelo.

En primer lugar, el apóstol San Pablo descubrió en la sepultura de Jesucristo una enseñanza profunda sobre el espíritu de la moral y la santidad del Evangelio: «Sabed, decía á los primeros cristianos, que nosotros hemos recibido el bautismo para expresar en nosotros, con todas sus circunstancias, la muerte de Jesucristo, de modo que estar bautizado es estar sepultado con él. El bautismo es, pues, según la Escritura, una obligación solemne que contraemos en presencia del cielo y de la tierra, de morir y de sepultarnos místicamente con Jesucristo, para participar del mérito de su muerte y de su sepultura real, y recibir el carácter, los privilegios y las gracias de estos dos grandes misterios figurados por el bautismo. No basta que el cristiano, para ser fiel á las promesas del bautismo, haya renunciado á todo y haya muerto con Jesucristo; es necesario también que sepultado en el secreto de su fe, en la obscuridad de sus virtudes, y como un hombre á quien cubre la piedra del sepulcro, no se ocupe en la estimación ni en el desprecio del mundo, y observe una vida oculta en Dios con Jesucristo. ¡Felices aquellos que mueren de este modo, y son místicamente sepultados en espíritu para el mundo, antes de serlo corporalmente! ¡Dichosos los que se desprenden desde ahora, por espíritu de fe y de virtud, de todo lo que es terreno, antes que la muerte los sorprenda y los obligue á este sacrificio por una triste é inevitable necesidad! El misterio de la sepultura de Jesucristo no sólo es para nosotros una magnífica lección, sino también un motivo de valor y fortaleza. Indudablemente fué para el Hijo de Dios una gran humillación que su cuerpo sagrado, unido á la persona del Verbo,

envuelto en una sábana, perfumado con aromas y cubierto el rostro con un sudario fúnebre, á ejemplo de los cadáveres comunes, permaneciese encerrado é inmóvil en la tumba, y que el que es la resurrección y la vida reposase en la región de las tinieblas. Mas esta humillación era necesaria para fortificarnos, y en este supuesto Jesús no se negó á sufrirla. Si al momento que expiró hubiera resucitado sin pasar por el sepulcro, hubiera dado á entender que desdenaba una de las condiciones más humillantes para el hombre, la de verse obligado á entregar su cuerpo á la tierra antes de volverle á tomar glorioso en el cielo; hubiera quasi hecho dudar de su perfecto amor, de su perfecta semejanza con el hombre, supuesto que rehusaba someterse á esta condición universal de la humanidad. Pero, supuesto que consintió en permanecer en la tumba, lo mismo que había querido reposar en la cuna, como el resto de los hombres; supuesto que quiso tener la sepultura semejante á la nuestra, lo mismo que había tenido el nacimiento y la muerte; al verle pasar así por todos los estados, por todas las condiciones y todas las miserias del hombre, por estos inefables rasgos, quedamos convencidos de su misericordia y de su tierno amor al hombre, y le miramos como el verdadero hermano del hombre, semejante en todo al hombre.

Por otra parte, al tomar el Hijo de Dios nuestras miserias nos hizo participantes de sus riquezas; al experimentar todas las condiciones, aun las más pobres, las más abyectas y dolorosas de la humanidad, las elevó en cierta manera, las santificó, las divinizó y las convirtió en gérmenes de consuelo y de gloria. Del mismo modo que, cuando nació pobre, cuando se humilló, cuando sufrió y murió, nos hizo amables y preciosas la pobreza, las humillaciones, los sufrimientos y la muerte, así también, al querer ser sepultado como nosotros, quitó al sepulcro el horror natural que inspiraba. Ved aquí porqué las almas verdaderamente cristianas no tiemblan ni se espantan, como las almas irreligiosas y profanas, á la idea de que un poco de tierra va á cubrir muy pronto su cadáver. La soledad, la obscuridad y la insensibilidad de la tumba no las aterra. Jesucristo pasó por este camino, y mudó su condición; ellos le miran como el pedestal desde donde deben remontarse al cielo. ¡Con cuánto gozo hablan de ella, con cuánta indiferencia la esperan, con cuánto valor la llaman, y con cuánta alegría descienden á ella! No diriais que son hombres que mueren por necesidad, sino hombres que van á reposar para olvidar sus trabajos.

Trinidad adorable, fuente augusta de salvación, recibid hoy las acciones de gracias, las bendiciones y las alabanzas de todas las in-

teligencias creadas. Mas, en tanto que nuestros homenajes se elevan hacia vos, haced descender sobre nosotros la abundancia de vuestra gracia; bendecidnos, á fin de que, después de alcanzar nuestro triunfo en la tierra, alcancemos también la recompensa eterna en los cielos. *Amén.*

## DE LA CRUZ

*Nescit homo pretium ejus.*  
No conoce el hombre su precio.

(Job, c. 28 v. 14.)

¿No veis la señal gloriosa que consuela de nuevo á la Iglesia y á todos los verdaderos fieles? ¿No recordáis el signo de triunfo que ha de ostentarse á los ojos del mundo, para dicha y corona de los buenos, terror y confusión de los malvados, participando de la gloria y majestad del Hijo del hombre, cuando al último día de los siglos venga á juzgar el universo? Es el glorioso estandarte de nuestra libertad; llenos de júbilo, cristianos; ¡la enseña venturosa de la salud del hombre, el instrumento adorable de la restauración del pecador, la que ha conquistado el cielo, cerrado por la culpa de la descendencia de Adán! El árbol bello y frondoso que va cubriendo con sus ramas toda la redondez del orbe, el árbol misterioso, cuyo fruto es un antídoto eficaz contra la amargura mortífera que causó el fruto vedado del primer árbol del paraíso, es la cruz triunfante y gloriosa; oyentes míos, la esperanza de los fieles, y la desesperación de los impíos que la desprecian, porque no la conocen; *nescit homo pretium ejus*. Signo antes de ignominia, es hoy un sello de gloria y de fidelidad que premia y ennoblece á los siervos de Dios.

En la opinión de todas las naciones era la cruz el más infame de todos los suplicios: era maldito, en la Palestina ó la Judea, el que moría en ella, y los romanos hacían expirar en tan ominoso patíbulo

á los esclavos que atentasen contra la vida de sus señores; pero desde que la cruz se vió salpicada con la sangre nobilísima y real del Hijo de un Dios, sobre la cima del Gólgota, enclavado en ella, adquirió el más alto honor; y los mismos romanos dieron testimonio de esta verdad, prohibiendo el uso de la cruz en el castigo afrentoso de los mayores delitos; con la idea de que en adelante no recibirían los reos en vez de infamia, honor, y en lugar de castigo, una recompensa. Hoy es la cruz la piedra más preciosa de las coronas imperiales, el ornamento de los grandes, el premio de los héroes, y en sentir de San Cirilo de Alejandría, la gloria de las glorias; el mayor oprobio del hombre es hoy el más glorioso timbre del cristiano. No hay blasón tan ilustre como padecer por amor de Jesucristo en la cruz. El Apóstol que subió hasta el tercer cielo por la escala de las tribulaciones y de los tormentos, ha fundado sus delicias y toda su gloria en la cruz de Jesucristo. Bien podía establecerla sobre la sabiduría del Hijo de Dios, en su majestad ó sobre su gloria, mas halló la sabiduría en la locura de la cruz, halló la majestad en la humillación de la cruz, y halló su poder en la flaqueza de la cruz, en expresión de San Agustín. Los sabios del siglo se avergüenzan del oprobio de la cruz; mas el Doctor santo de las gentes encontró en él una gloria, que le hace superior al mundo.

Algunos se glorian del favor de los reyes ó de los poderosos; otros suelen gloriarse en la ciencia vana, carnal y diabólica que hincha el corazón; éstos en la libertad y potencia de satisfacer sus pasiones mezquinas; aquellos, en fin, en la señal de una victoria, conseguida de sus enemigos en el campo de batalla; mas el Apóstol funda todo el resplandor de su gloria en el Omnipotente, dueño único de todos los tesoros de la naturaleza y de la gracia; su favorita ciencia es la cruz, pues hace alarde de no saber otra cosa más que Jesucristo crucificado. Si la cruz es locura para los que se pierden, es la virtud y el poder de Dios para los que se salvan; es la libertadora de los hijos de Dios; en ella ha sido crucificado el hombre viejo de la culpa; es el glorioso estandarte de la victoria conseguida por Jesucristo contra el demonio, llevándole aherrojado al carro de su triunfo, después de haberle vencido y derrotado sobre la cima del Calvario. Mas advertid, hermanos míos, que una devoción exterior y vana es motivo y objeto de gloriarse algunos, así como la circuncisión fomentaba la vanidad y orgullo de los judíos; pero es evidente que no hay sólida y verdadera gloria fuera de la cruz, que llama el Padre San León *fuelle de todas las bendiciones y causa de todas las gracias*. Un antiguo doctor decía en otro tiempo á los gentiles, que el cristiano es un

hombre destinado por su profesión á los trabajos y á la muerte, y que sólo es grande cuando padece, porque no se conocen los héroes de la virtud hasta que son probados en el crisol de las tribulaciones. Los trabajos, los tormentos y la muerte labraron á los mártires la corona de su inmortalidad, y las aflicciones sufridas con paciencia por amor de Jesús, adquieren al cristiano la mansión de las delicias eternas. Ya se deja columbrar por estas reflexiones, que pretendo hacer ver en la cruz la misteriosa nave que nos ha de llevar al puerto de la gloria. Para conseguir tan alto fin, imploremos la protección de María Santísima, que nos dió el ejemplo de marchar la primera por la senda del dolor, y saludémosla con el ángel. *Ave María.*

Amados fieles, dos puntos de vista ostenta el misterio de la cruz, uno á los ojos de la fe, y otro á los del mundo; éste sólo descubre dolor, pobreza y oprobio en la naturaleza humana; mas la fe descubre en el dolor un tesoro de inefables consuelos, en la pobreza riquezas inmensas de gracia y de salud, y en el oprobio, en fin, todos los motivos de una verdadera gloria. He aquí por qué todo fiel que se alimenta de la fe y de la razón, siente los consuelos que le hacen confesar que el yugo de la cruz es muy suave; siente la necesidad de llevarla con gozo y paciencia, porque es el precio único que nos adquiere la gracia de la salvación, y porque es la compañera inseparable del hombre desde que nace hasta que muere; tan suave y fácil de llevar al justo, como insoportable y terrible al pecador. Esta verdad es dura, inaccesible al espíritu humano, entorpecido por las nieblas del error y maligno vapor de las pasiones; es muy áspera á la malicia y flaqueza del hombre mundano; pero se insinúa del modo más admirable en los corazones conducidos por la divina gracia, hasta conocer el gran misterio consumado en los brazos de la cruz, donde, según San Pablo, fué derogado el decreto de nuestra condenación, y donde solamente halla el cristiano la ciencia de la salvación.

El triunfo de la cruz, en el último día, no sólo resplandecerá contra los judíos y los gentiles, sino también contra todos los falsos cristianos, que viven en el cristianismo sin adorar á un Dios crucificado, sin dar la menor señal de gratitud á su amor para con el hombre, sin imitarle, sin seguir á Jesús hasta entrar con él en el huerto de las olivas, y agonizar por su amor, como los fieles discípulos. Será la cruz un juez terrible, cuya sola vista llenará de confusión y horror á todos los que San Pablo llama con lágrimas *enemigos de la cruz.* Al brillo de la cruz bramarán los amantes de la vida sensual,

los ociosos, los que hoy nadan en los placeres y opulencia, injusta y sacrilegamente adquiridos, con ultraje de la humanidad doliente y desvalida. ¡Ay del avaro y del usurero en el día último, cuando sus atteridos y fieros rostros caigan heridos por el resplandor de la cruz! ¡Ay de aquellos hipócritas piadosos que sólo se contentan con adorarla exteriormente sin abrazar sus mortificaciones! La cruz será su tormento, y un tormento forzado; en estéril llanto verterán lágrimas eternas. Será por la cruz el triunfo de la justicia de un Dios crucificado contra todos los impíos y los pecadores, contra los réprobos que despreciaron los méritos de la muerte del Salvador, que renunciaron á los gustos y delicias que la religión de Jesús mezcla con sus aflicciones y penas, queriendo más anegarse en el torrente de amarguras que derrama el mundo en sus falsos y efímeros placeres!

Siempre que Dios quiere renovar los prodigios de su gracia en la conversión del pecador, dice San Bernardo que, para desprender su corazón de los afectos criminales, suele derramar amarguras sobre los antiguos placeres, porque el vicio y la virtud son incompatibles, y la caridad no puede entrar en un alma poseída de la sensualidad; por lo cual, antes de establecer Dios su reino en el corazón del pecador, entra debilitando primero el furor de las pasiones que le dominan, con todos los afectos desordenados, derramando disgustos y amarguras en todos los objetos de su amor. Así trata Dios, amados oyentes, á los pecadores que quiere convertir; de lo cual, entre otros innumerables, un testimonio auténtico y nada sospechoso nos ofrece de sí mismo el santo y grande Agustino, confesando al Señor, que después que le miró con ojos de misericordia, había comenzado á derramar amarguras en todos los consuelos de su vida. Salomón, en todas las grandezas y deleites mundanos, no encontró más que vanidad y allicción. Y en esto, al par de la misericordia, resplandece la sabiduría de Dios; si no, la sociedad se convirtiera en un caos horrendo, la religión misma sería un desorden, porque mandándonos aborrecer al mundo, por estar lleno de perversidad y de corrupción, si no dejamos de amarlo, aunque sintiendo sus amarguras, ¿quién podría enfrenar nuestro injusto amor, si estuviera lleno de placeres? No habria para nosotros otro Dios que la pasión, y daríamos á las criaturas el culto del Ser supremo, y los deleites ilícitos aumentando la ceguera al insensato, le precipitarían en el abismo de su eterna perdición. Por esta causa la divina misericordia, derramando continuamente hiel sobre todos los placeres mundanos, los desprende de nuestros corazones, y el disgusto y tedio que hallamos en las cosas de la tierra, nos obligan por necesidad á buscar los bienes del cielo.

Por otra parte, ¿qué sería del pobre sobre la tierra, si la virtud probada por los trabajos, no llenara su corazón de inefables delicias? Las varias aflicciones de la vida humana, según el apóstol Santiago, son el motivo de la mayor alegría; no sólo constituyen la futura, sino también la presente felicidad. Tal es el honor que hace á la religión cristiana un filósofo de la Francia moderna. Así como Dios con su divina visión forma la dicha de los predestinados en la mansión del descanso eterno, así con la tribulación hace felices á los buenos en el valle de las fatigas, en este mundo que es el reino de la fe. Por esto dice San Juan Crisóstomo, que la alegría del mundo es la alegría de los ojos, porque solamente consiste en el placer que ocasiona la vista de terrenas hermosuras; pero la alegría que Dios concede á los que padecen por él, es la alegría del corazón tranquilo y puro, en que rebosaba el corazón del Rey profeta: *dedisti letitiam in corde meo*. Es el gozo que se funda en la fe, una alegría que se robustece con su oposición á la alegría mundana, cimentada en la ilusión y falsedad; porque no se ha visto todavía en más de cuarenta siglos, un hombre halagado por el mundo con sólidos y verdaderos placeres sobre la tierra.

Durante la vida del hombre, la risa está mezclada con el dolor, la tristeza sucede á la alegría, y ésta le dispone para la miseria; de modo que, si bien se reflexiona, en los gustos humanos son infinitamente más, en calidad y número, los males que los bienes; pero el deleite santo del corazón del justo es como aquellas fuentes cuyas cristalinas aguas saltan hasta la vida eterna, pues empezando en esta vida, dura por toda la eternidad, sin disgustos ni menoscabo alguno; conforta nuestras almas, animándonos á despreciar unos placeres falsos y caducos por las delicias que promete la esperanza de los bienes eternos.

Los pecadores que viven llenos de regalos, delicias, honores y riquezas, por más duración que tengan esas cosas, estarán por ventura libres de cruz? Según los filósofos paganos, no hay mortal ninguno exento del dolor; de modo que el que rehusa seguir la cruz, ésta le seguirá por todas partes, porque así como todos mueren, padecen todos. *Una gran fatiga*, dice el Espíritu Santo, *se vió para todos los hombres, y un yugo pesado sobre los hijos de Adán, desde el día de su nacimiento hasta el de su sepultura*.

Cuando el navegante por alta mar vaya gozoso y sin temor alguno de los escollos y peligros que le rodean, entonces podremos creer que el hombre está libre de la cruz de la tribulación. Los deleites ilícitos llevan consigo un germen de muerte, que sólo producen tedio

y temor, y el mismo desorden de la fruición es un cáncer mortal que devora los corazones.

Los reyes y los grandes del siglo que están más halagados por el aura del placer y de la gloria, son unos pobres esclavos de los deberes que los fatigan día y noche, ó de mezquinas pasiones, que como los filisteos á Sansón les sacan los ojos; yacen amarrados con cadenas de oro y en una esclavitud espléndida; son oprimidos con una tribulación formidable.

En cambio, juzgaos dichosos y creed, hermanos míos, afianzado todo el gozo, cuando seáis probados en varias tribulaciones; alegraos, porque os esperan ricas y brillantes coronas en el cielo; éste es el dogma consolador del cristianismo.

Y ved ahí también la razón de amar, no sólo la cruz en sí misma, sino á todos aquellos que no la ocasionen: en eso consiste la perfección cristiana; este amor tan fino es la enseña de la cruz. *Amad*, dice Jesucristo, *á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, y orad por los que os persiguen*. ¿Qué cosa más justa que correspondermé á mí; que he padecido por vosotros tantos y tan crueles tormentos? ¿Qué cosa tan dulce y gloriosa como tornarme heridas por heridas, injurias por injurias y sangre por sangre? ¿No es por ventura un honor para el siervo, el que beba en la copa de su señor y su rey? Por esto dije á los dos hermanos que anhelaban sentarse en mi trono: beberéis en verdad mi cáliz, por ser un signo de amor haceros en la tierra participantes del cáliz de mi pasión.

¡Ojalá entiendan estas cosas los hijos de los hombres, que tan desalados corren á beber en cisternas llenas de fango, buscando empleos, honores, riquezas, vanidades y locuras! Cuando la cruz de Jesucristo, amados oyentes, es ciertamente más preciosa que el cetro imperial, ¿quién no deja todas las cosas del mundo por abrazarla? El que ama ardientemente á Dios, dice un santo doctor, muy perseguido y atribulado, primero elige llevar por él las pasiones y la cruz, que habitar en el cielo; porque no da tanto lustre á la cabeza del hombre una corona de piedras preciosas, como la cadena de hierro, las aflicciones, las persecuciones y la cruz que se lleva con paciencia por Dios.

La cruz de Jesucristo es aquel árbol grande, á cuya deliciosa sombra descansa el alma cristiana como la Esposa de los Cantares, y aprende del divino Maestro las sublimes lecciones de caridad, mansedumbre, paciencia y humildad, atesorando el caudal de todas las virtudes cristianas. La meditación sobre la pasión y tormentos de Jesús es la escuela grande de la perfección cristiana; hallan en ella los

santos su alegría y sus consuelos, y las almas se recrean en ella con los frutos suavísimos de la devoción y del amor. ¿Dónde se formó el espíritu de un San Bernardo, sino en la pasión de Cristo? ¿Dónde adquirió su prodigiosa sabiduría el santo obispo de Hipona, sino, como él mismo dice, en las heridas del Redentor? De aquí salieron los dulces ardores que abrasaban el corazón del Serafín de Asís. El Sol de Aquino, ¿dónde aprendió su portentosa ciencia y sus excelsas virtudes sino en el libro de la cruz? A los pies de un Crucifijo encontraba el Doctor evangélico el tesoro de luces, virtudes, gracias y sabiduría que le enriquecieron. San Buenaventura, en los místicos ayes de su corazón, tan inflamados del amor divino, parece que no tenía otro papel que la cruz, ni más pluma que la lanza, ni conocía más tinta que la preciosa sangre de Jesús. ¡Oh cuán bueno es habitar siempre á vista de la cruz! exclama el seráfico Doctor. Hagamos también nosotros tres tabernáculos para nuestra morada en las llagas de nuestro crucificado Redentor; uno á sus pies, otro en sus manos y el tercero en su divino costado: allí quiero yo descansar, allí velar, allí leer, allí conversar. Según el Apóstol, Dios prohíbe al cristiano el gloriarse en otra cosa que en la cruz de Jesucristo; y ¿qué es gloriarse en una cosa? Es amarla y apreciarla como el cimiento de nuestra mayor grandeza, como la fuente de nuestros bienes y nuestra felicidad; el espíritu de la cruz hace á Dios reinar en nuestras almas. ¿Será posible, cristianos, que nuestra pureza, insensibilidad y malicia, resistan todavía la fuerza de su gracia omnipotente, sin ablandarse nuestros corazones con el ruego divino de su amor? El amor propio, el orgullo, la impaciencia, la sensualidad, no descansan como la Esposa mística á la sombra de la cruz; y si no volvemos en nosotros, perdemos con ella el reino de los cielos. ¡Ah! ¿podremos mirar atentamente un Crucifijo, sin penetrarnos de un vivo dolor, llenos de vergüenza y confusión, al vernos por nuestras culpas tan enemigos de la cruz, careciendo de sus admirables frutos? No, ¡dulcísimo Jesús! por el trofeo de vuestra gloriosa victoria del mundo, del pecado y del infierno, os pedimos humildes el espíritu de la cruz, para domar nuestra obstinación y formar con él y en él nuestros corazones. La santa cruz es el admirable misterio del amor que atrajo á sí todas las cosas: su devoción nos ofrece el maná escondido en ella, que produce la conversión de las almas: si arreglamos la vida por el modelo que nos presenta la cruz, ésta de seguro será la mística nave que nos lleve al puerto de la eterna felicidad. *Amén.*

## DE LA INVENCION DE LA SANTA CRUZ

*Sicut Moyses exaltavit serpentem in deserto, ita exaltari oportet Filium hominis.*

Como Moisés alzó la serpiente en el desierto, así también es necesario que sea levantado el Hijo del hombre.

(S. JUAN, C. 3, V. 14.)

Un glorioso encomio de la cruz, á la cual aludió en las citadas palabras el divino Redentor, pensó formar San Juan Damasceno, diciendo que estuvo vestida de la virtud y sabiduría de Dios. Oid qué bellamente explicó su pensamiento. «Según el Apóstol, dice el santo Doctor, cada uno de nosotros, que ha sido bautizado en el nombre de Jesucristo, fué en virtud de su muerte regenerado á la gracia en el sacramento. Además, cada uno de nosotros que ha sido bautizado, ha vestido en el bautismo á Jesucristo. Y Jesucristo, ¿no es la virtud y la sabiduría de Dios? Pues del mismo modo, concluye el Damasceno, que en virtud de la muerte de Jesucristo, esto es, de su cruz, nos hemos vestido de Jesucristo mismo, igualmente nos hemos vestido del poder y de la sabiduría de Dios.» Así que, debiendo yo hablar de la cruz misma en honor de la invención de la santa cruz, séame lícito no apartarme nada del bello pensamiento del citado santo Padre, dirigiéndose mi discurso á mostraros, sin perder de vista ni la solemnidad del día ni vuestro provecho, que por virtud de la cruz se comunica el poder y la sabiduría de Dios. *Ave María.*

Queriendo, hermanos míos, probar San Pablo á los corintios que Jesucristo, como advirtió el Cartusiano, aun con esta divisa, por otra parte poco honorífica del crucificado, es verdaderamente la virtud y sabiduría de Dios, dió por motivo, que lo que en Dios parece flaqueza y locura, es cosa más fuerte y más sabia que el mayor poder y la mayor sabiduría de los hombres; lo cual, según la opinión de San Atanasio, no se ha de entender solamente de la pasión de Jesucristo,

de sus dolores, de sus oprobios y de su muerte, sino también de aquellos hombres rudos, despreciables y débiles, que fueron los primeros que llevaron la cruz en triunfo por todo el mundo, animados no con otra fuerza y virtud, que la grande y eficaz que les comunicaba la cruz misma. De esta verdad nos dió un claro testimonio el Apóstol en el mismo capítulo á los corintios, donde diciendo que no había venido á anunciarles el Evangelio, envuelto en vanas, artificiosas y alisonantes palabras, da esta razón: *para que no sea vana la cruz de Cristo*; esto es, para que no fueran inútiles, ó no se dejasen de atribuir á la cruz los maravillosos efectos de su predicación. Por tanto, la cruz de Jesucristo era la que infundía virtud en las palabras de Pablo, y si la infundía en las palabras, ¿por qué no la había de infundir en los demás ministerios suyos apostólicos? Y si la infundía en él, ¿por qué no había de infundirla en los demás apóstoles? Era muy conveniente que aquella cruz, que tanto les había comunicado las penas, la pobreza y la ignominia de Jesucristo, les comunicase igualmente la virtud y sabiduría del mismo. Así, pues, figuraos á los apóstoles en aquellos trescientos valerosos soldados de Gedeón, los cuales, habiendo entrado de noche en el campo enemigo y cercádolo todo, llevando en la mano izquierda lámparas encendidas y en la derecha sonoras trompetas de guerra, gritaron: *la espada del Señor y de Gedeón*, y desbarataron de un modo extraño y nunca visto el formidable ejército de los madianitas. En estos bravos campeones se figuró San Gregorio, en sus *Morales*, á los apóstoles, y añade: reconoced en el sonido de aquellas trompetas el sonido de la predicación evangelica, y en aquellos vasos de barro, en que está encerrada la llama, reconoced el cuerpo débil y frágil que aprisiona al espíritu. Si con el tirano hierro de los perseguidores es atormentado y despedazado el cuerpo, veréis resplandecer inmediatamente como una lámpara el espíritu con la gloria y los milagros, triunfando así del enemigo infernal y obligándole á una vergonzosa fuga. Pero, ¿y la espada? ¿aquella milagrosa y prodigiosa espada que hace tantas cosas estupendas? ¿Qué quiere significar, pregunto, esta espada? No era otra cosa, á mi entender, que la cruz, lo cual aseguro con tanta más confianza, que diciendo el pontífice San León, domó al universo, no con el hierro, sino con un leño, vino á manifestar que la cruz, en manos de los apóstoles, fué lo que suele ser la espada en manos de un valiente capitán. Y en efecto; si queréis verlo claramente, mirad á Andrés. Empuña él esta espada, y venciendo todos los grandes obstáculos que se le presentan, se introduce en la Escitia, penetra la Tracia, y gritando: *la espada del Señor y de Andrés*, hasta esto para

que el indómito escita y el fiero trace se postren á sus pies vencidos y humillados. Mirad á Tomás: empuña esta misma espada, y trasladándose con ella á la India, grita: *la espada del Señor y de Tomás*; y no necesita valerse de otro medio para que abandone sus falsas deidades y su antiguo culto el desnudo indiano. Con esta espada va Pablo á Corinto, se adelanta hasta Grecia y pasa á Atenas, y sólo con mostrarla y gritar: *la espada del Señor y de Pablo*, inmediatamente se transforma todo. El soberbio Areópago queda confundido, la pérdida Grecia se hace fiel, y la inconstante Corinto se convierte á la verdadera religión. Con esta espada acomete Juan al Asia y Matias á la Etiopia: muéstranla entrambos gritando: *la espada del Señor y de Juan*, *la espada del Señor y de Matias*; y no pudiendo resistirse el negro etiope ni el afeminado asiático, abrazan reverentes la ley evangelica que se les anuncia, haciéndose fieles observadores de ella. Va finalmente Pedro, intrépido y magnánimo, á embestir á la reina del mundo, á la altiva Roma, y exclamando: *la espada del Señor y de Pedro*, Roma, la gran Roma, abre á Pedro las puertas, recibe en triunfo la cruz y la coloca en el trono, haciendo desde allí temblar, en los estrechos limites de su desmembrado imperio, al madianita infernal. ¡Oh grandes victorias de nuestra fe y de la santísima cruz! ¡Cuán consolatorio y glorioso es para nosotros sólo el recordarlos!

Y no creáis, católicos, que á los apóstoles ó á su tiempo se limitaron tan estupendos prodigios obrados por la cruz; en todos los tiempos se ha comunicado por medio de ella á los fieles el poder de Dios, y para demostrároslo permitidme que en obsequio del misterio que hoy se celebra, os recuerde aquella memorable victoria del emperador Constantino. Bien sabéis, oyentes míos, que con pocos escuadrones, ya intimidados y casi sublevados, se había de atacar á un ejército numeroso compuesto de gente brava y aguerrida y mandado por muy valerosos capitanes, siendo general en jefe el mismo Maxencio, famoso magico, que tenia grande inteligencia con el diablo; pero entonces fué cuando, para alentar las desanimadas tropas de Constantino, se vió brillar en el aire el gran distintivo de la salud, el cual reconocido y acogido con militares aplausos de todo el campo, y pintado ó estampado majestuosamente en todas las banderas, inspiró tanto valor y tanta fortaleza á los soldados, que impacientes y seguros de vencer, presentaron la batalla al soberbio enemigo. Id, pues, felices escuadrones, que al ver tremolar esa señal angusta en vuestras banderas, os anuncio el triunfo y la victoria con la misma confianza que un profeta. Y ¿cómo puede quedar vencido vuestro sobe-

rano que ha salido para salvar su pueblo, para salvarlo con su Cristo? A la verdad, del mismo modo que un rayo sobre las elevadas torres, que el aquilón sobre las selvas, ó una tempestad sobre las sazonadas mieses, se arroja Constantino sobre sus innumerables enemigos, y en un momento lo vence, los desbarata y los destruye, y á la manera que Faraón en el Eritreo, queda ahogado Maxencio en las aguas del Tiber. La adorable señal de la cruz no se cansó nunca de obrar cosas estupendas en beneficio del pueblo fiel.

Mas si es así, pregunto: ¿por qué no las obra también por los fieles de nuestros tiempos? La cruz, según el Crisóstomo, es la esperanza de los cristianos, el consejero de los justos y el consuelo de los afligidos. Armados sólo con la cruz, los mártires se presentaron alegres y animosos á los verdugos y á la muerte. Por amor únicamente de la cruz se resolvieron tantos santísimos religiosos á profesar una vida austerísima en los más rígidos monasterios. Confiadas nada más que en la cruz, pudieron tantas vírgenes ofrecer inmaculada al Señor la azucena de su pureza. ¿Qué más? La cruz es escudo contra todos los asaltos, es la ley de los impíos, la delicia de los sacerdotes y el apoyo de la Iglesia. Pues, ¿por qué, vuelvo á preguntar, no muestra ser todo esto á los cristianos de nuestros tiempos? Yo os lo diré, mis amados oyentes, aunque deba amargar la verdad. La causa es que unos la tienen por cosa ridícula, como el gentil, y que otros se escandalizan de ella, como el judío, teniéndola en el mismo aprecio en que éstos la tuvieron. Y ¿cuál fué? ¡Ah católicos! no adoráramos nosotros en los altares aquel sacrosanto leño, si no fuera por la admirable providencia de nuestro sapientísimo Dios; porque ya lo hiciesen por costumbre, ya, como es más verosímil, por odio, muerto que fué Cristo, los envidiosos y malignos judíos enterraron su cruz en un profundo hoyo, y juntamente con ella las de los dos ladrones crucificados con él. Mucho tiempo después de haberse escondido cuidadosamente, casi se había borrado del todo su memoria, y si vivía alguien en aquel tiempo que tuviera noticia del secreto sitio, ¿á quién lo había de haber revelado el pérfido y obstinado hebreo? Á esto se agrega que para hacerlo más sospechoso y más abominable á los fieles, habían erigido sobre él los judíos un infame simulacro de la impura deidad de Venus. Pero ¿qué puede contra la sabiduría eterna la vana sabiduría del mundo? *Te dá un corazón sabio é inteligente*, dijo Dios á Salomón, después de haberle infundido en un misterioso sueño la sabiduría; y lo mismo imagino yo que diría á Santa Elena, después de aquella visión celestial, en que se le declaró que había de encontrar la santa cruz. En efecto, inmediatamente que

llegó á Jerusalén, frustró los artificiosos pretextos con que se le quería ocultar el respetable arcano, llegó á descubrirlo por medios incógnitos y ocultos á la humana penetración, hizo demoler el ara sacrilega, descenterró las cruces, las puso á la prueba de un milagro para conocerlas y distinguirlas, guiada de una luz sobrenatural, y descubierta así la cruz de Jesucristo, la expuso finalmente á la veneración pública. ¡Leño adorable y arca de salvación en nuestro común naufragio! Heme aquí postrado en tu presencia, y digan lo que quieran el gentil, ó el hebreo, ó tal vez alguno de nuestros cristianos; yo te ofrezco rendido mis más humildes adoraciones. Mirete el cielo, y quede atónito y asombrado; mirete la tierra, y llénesse de alborozo; mirete y brame y tiembale atemorizado el infierno. Y vos, gran reina, que nos habéis hallado el más apreciable tesoro, y fuisteis no menos sabia que aquella tan celebrada en la Escritura, que juzgaba á su pueblo al pie de una palma; vos, digo, tendréis un nombre inmortal en los fastos de la Iglesia; y mientras que permanezca el testamento eterno de Jesucristo, os tendrá el pueblo fiel por venturosa sobre todas y os dará las más sinceras gracias. Mas ¡oh, cuántos cristianos hay, que avergonzándose de la cruz, la ocultan cuidadosamente y no osan mostrarse como sencenas suyos! ¡Cuántos que quieren unirla con otras cruces, y procuran llevar á un mismo tiempo la cruz de Cristo y la del mundo! ¡Cuántos que han llegado hasta á hollarla y despreciarla enteramente, erigiendo sobre ella abominables ídolos, como el ídolo soberbio de la ambición, el ídolo impúdico de la carne, el ídolo avaro del interés, el ídolo vengativo del honor, y así de otros muchos! Y ¿cómo este árbol de vida, tan mal cultivado, aunque en un terreno regado por los sudores y la sangre de un Dios, ha de producir aquellos frutos que produjo felizmente en otras tierras menos férciles, pero mucho mejor cultivadas? A tierra, á tierra esos ídolos, y entonces se verá á la santa cruz obrar y repetir en todas partes sus antiguos prodigios; entonces se nos comunicará por medio de ella la virtud y sabiduría de Dios, para que no temamos ni los fraudes ni las fuerzas de nuestro espantoso enemigo; entonces se santificará el cristianismo, se ilustrará la Iglesia, se humillará el infierno y se poblará cada vez más el cielo, que pido al Señor nos conceda á todos. Así sea.

## TRIUNFO DE LA SANTA CRUZ

*Ego si exaltatus fuero à terra, omnia  
traham ad me ipsum.*  
Cuando yo seré levantado en alto en  
la tierra, todo lo atraeré á mí.

(JOAN, XII, 32.)

¿Quién podría persuadirse, hermanos míos, si la religión misma no nos lo enseñase, de que los hebreos, aquella porción predilecta, aquel pueblo privilegiado, aquella nación escogida para ser blanco de los cariños de Dios y tierno objeto de sus más dulces finezas, había de haber desconocido al verdadero Mesías, hasta llegar al exceso monstruoso de perseguirle, escarnecerle y crucificarle? Ellos eran los depositarios únicos de los libros santos, en cuyas venerables páginas se veía formada con tanta perfección la historia de Jesús antes de realizarse, que es tan conocido el hijo de la Virgen por los profetas que le precedieron, como de los discípulos que después le predicaron. Su cuna y sepulcro, su vida y muerte, sus discursos y acciones, sus abatimientos y su gloria, las ignominias de su cruz y su triunfo, todo esto y mucho más se pinta en el Antiguo Testamento con aquellos colores con que se manifestó en el Nuevo. Miqueas representa á Belén, ciudad la menos populosa de Judá, ennoblecida con su nacimiento: Isaías, que había anunciado la virginidad de su madre, profetiza la dichosa ansia de los reyes, que en alas de la fe habían de venir á rendirle adoración de regiones muy distantes: Jeremías pondera el dolor y lágrimas que derrama Raquel sobre sus hijos, víctimas sacrificadas en una edad la más tierna: Oseas nos le hace ver fugitivo en tierra extraña y llamado por su padre desde Egipto: Malaquías nos señala con el dedo su entrada en el templo de Jerusalén como ángel del Nuevo y eterno Testamento: Baruc nos anuncia su dulce trato y amable conversación con los hombres: Zacarías describe su modesto triunfo bajo el símbolo de un rey pobre que entra en Jerusalén lleno de mansedumbre; y á pesar de todos estos vaticinios que veían los judíos realizados con la mayor exactitud

en el hijo de María santísima, le persiguen, le ultrajan, le escarnecen, le crucifican. ¡Destino horrendo! ¡Dureza imponderable! ¡Ceguedad indecible! Pero ceguedad, obstinación y dureza que imitaron, por desgracia, sus hijos.

Ellos vieron comprobadas también en Jesús la profecía de David respecto de sus baldones y tormentos, la de Isaías en sus ignominias, abatimiento y dolores, la de Zacarías en la herida del pastor y dispersión de las ovejas, y la de Daniel que había anunciado la Semana grande, en cuya mediación debía quitarse á aquel pueblo la hostia y el sacrificio; en la que sería trasladado á otra parte el sacerdocio y por consiguiente la legislación y el reino; en la que los misterios, el arca y la alianza transmigrarían á otro pueblo que haría mejor las obras de justicia; y en la que el templo quedaría como una casa desierta, allanada y expuesta á una devastación bélica. Ellos sabían que en la muerte de Jesús, eclipsado el sol, oscurecido el día, temblando la tierra, hundiéndose los peñascos, rasgándose el velo del templo, abriéndose los sepulcros, descendieron precipitadamente de la cumbre del Calvario la lobreguez, la consternación y el terror, é inundando la ciudad deicida la llenaron todo de horror y espanto por la inaudita barbarie cometida contra la vida del justo, á cuyos discípulos los vieron no mucho tiempo después testificar su resurrección, su ascensión, divinidad y milagros, confirmando su divina doctrina con maravillas; pero ciegos, duros y obstinados, bañados en la divina sangre sacrilegamente vertida por sus padres, errantes de pueblo en pueblo, sin ley, sin tabernáculo, sin altar, sin sacerdotes, sin sacrificio, sin profetas, llevando consigo de provincia en provincia el baldón y la marca de su deicidio, resisten sujetarse á la Cruz, que á pesar de sus errores, de su obstinación, ceguedad y dureza ha triunfado gloriosamente del corazón del hombre. Y ved ya, amados en el Señor, descubierto el plan de este discurso, reducido todo á demostrar esta única proposición: el triunfo de la Cruz sobre el corazón del hombre, y por consiguiente la virtud de este árbol sacrosanto.

Salvador adorable, que tantas gracias nos dispensas desde ese trono de amor: concédeme la de hablar con dignidad y con fruto á tu pueblo del asunto que le he propuesto, pues para obligar más tu bondad interponemos la mediación poderosa de María santísima, á quien reverentes saludamos con devoción y ternura diciendo: *Ave María.*

Por densas que fuesen las tinieblas que ocupaban en tiempo de

Faraón al Egipto, eran mucho más temibles las que dominaban en el mundo antes de la predicación del Evangelio: la idolatría, la impureza, la avaricia, la soberbia, todos los vicios cubrían de horror la faz de la tierra. En este estado se hallaba el universo, cuando Dios formó el misericordioso designio de purgar el corazón humano de toda corrupción y el entendimiento de todos los errores; y el medio de que se vale para esta empresa prodigiosa es el árbol santo de la Cruz, cuyo triunfo sobre el corazón del hombre, juntamente con la virtud de este árbol sacrosanto, voy á manifestaros con el favor del Señor. Os suplico encarecidamente que me estéis atentos. Doce hombres escogidos éntre el vulgo, sin otra ciencia que la de Jesucristo, sin otro libro que la Cruz, sin otros talentos que la paciencia, sin otra erudición que la virtud del Espíritu Santo, que descendiendo sobre ellos de un modo el más admirable los muda en otros hombres, son los instrumentos que el Salvador destina para los triunfos de la sacrosanta Cruz. Estos son los apóstoles, que revestidos del majestuoso carácter de la divina misión, impelidos y transportados del soplo impetuoso del omnipotente espíritu, salen de su retiro como generosos leones, todo lo arrastran tras de sí con una santa violencia, les son desconocidos todos los peligros, no les hace caer de ánimo la severidad del Evangelio. El furor de los ídolatras, la rabia de los hebreos, la crueldad de los suplicios aumentan su fortaleza y acrecientan su constancia: se manifiestan en medio del día con tal seguridad y celo que no puede ceder ante obstáculo alguno: predicán con tal intrepidez que llenan de espanto á la Sinagoga: echan en cara á los judíos el haber llenado la medida de sus crímenes por haber puesto sus sacrílegas manos en el Mesías verdadero, tiñéndolas con su sangre preciosísima: anuncian en todas partes á Jesús crucificado, hablando por boca de ellos una sabiduría que confunde á los doctores de la ley, hace enmudecer los filósofos, disipa las tinieblas del paganismo, ilustra las gentes, ilumina al mundo y le precisa, por decirlo así, á buscar los tesoros de la verdadera sabiduría en la Cruz de Jesucristo; haciendo tan numerosas conversiones que sólo San Pedro, en los dos primeros sermones, gana para la Cruz ocho mil almas. La sociedad cristiana, capaz ya de poner en guardia á los sacerdotes y doctores de la ley, se forma alrededor de ellos, y en poco tiempo produce la santa Cruz la mies más hermosa y abundante: el celo de sus propagadores, animado con la felicidad de los primeros ensayos, toma un vuelo más rápido y aspira á abrirse aun á costa de su sangre una carrera más extensa. Atenas y Roma, que eran el centro de las ciencias y las artes, y también de los vicios y pasiones, no fueron

privadas de su presencia, y en ellas fructificó su doctrina: los límites de la dominación romana, por vasto que fuese el contorno que abrazasen, no servían de barrera á sus fervorosos afanes, y se dispersan por todas partes para anunciar la Cruz del Salvador divino. Asia, Africa y Europa oyeron las verdades de la fe por boca de San Pedro y de San Pablo: la Siria, la Cilicia, la Phidia, el Ponto, la Capadocia, la Macedonia, la Acaya y la Liria, las regiones marítimas y las islas los vieron sucesivamente confundiendo á los empedernidos judíos, afirmando á los nuevos fieles, estableciendo el orden y la disciplina en las sociedades cristianas, proveyéndolas de pastores y reformando los abusos que ya comenzaban á introducirse en ellas. San Juan, que siempre es llamado en el Evangelio el discípulo amado de Jesucristo, funda en el Asia un gran número de iglesias: San Andrés fué enviado á la Escitia desde donde pasó al Epiro y á la Grecia: Santo Tomás se encaminó á los partos y penetró hasta la India: San Simón el cananeo eligió para teatro de su misión la Mesopotamia y la Persia: San Mateo extendió el conocimiento de Jesucristo en la Etiopia; y los demás apóstoles trabajaron en otras diversas regiones del universo; no habiendo país alguno en donde no hubiese resonado su voz según el oráculo del Señor por el profeta.

Ni los vastos mares, ni los profundos ríos, ni las ardientes arenas de la Arabia y de la India, ni los perpetuos hielos del Cáucaso y de la Escitia pueden retardar la rapidez de sus progresos apostólicos: penetran hasta los pueblos más bárbaros, á donde todavía las águilas no habían extendido su vuelo: ganan almas para la Cruz en parajes inaccesibles á las mismas fieras: y por cualquiera parte donde resuena su voz persiguen los más antiguos abusos: arrancan de los pueblos más feroces los ídolos que siempre habían adorado sus mayores: imponen silencio á los oráculos del demonio: destruyen los altares que el incienso y las ofrendas de tantos siglos habían hecho al parecer respetables: predicán la locura y el escándalo de la Cruz (hablando en frase de la Escritura santa) por toda la redondez del orbe: plantan este árbol sacrosanto en los pueblos mismos en donde poco antes había sido adorado el demonio, levantan el edificio del Evangelio sobre las ruinas de la idolatría, y donde quiera se aumenta el número de los discípulos de la Cruz de Jesucristo.

Expiran los apóstoles, y en el tiempo de su muerte había ya la Iglesia adquirido una sólida consistencia: estaban fijados sus dogmas, establecida su disciplina, explicada con la mayor claridad la doctrina de su moral y determinados los grados de su jerarquía; sin embargo bramaba por todas partes la tempestad contra la Cruz

de Jesucristo: el sacerdocio pagano despojado de todas sus ventajitas y expuesto á verse sepultado bajo las ruinas de sus altares, llamó en su favor á la superstición y al delirio: vencida y degradada la vana filosofía, se valió de todas sus sutilezas y sofismas; la potestad humana empleó todo su poder para sostener el culto de los ídolos. Bastaba en aquellos siglos para ser reputado por delincuente el ser cristiano: este nombre solo se conceptuaba como el mayor de los crímenes, y no se necesitaba más, para ser juzgado digno de padecer todos los suplicios, que la profesión de cristiano. Los mismos Trajanos y Antoninos, aquellos príncipes amigos de la humanidad, llegaron á ser furiosos para con los cristianos, sólo porque rehusaban incensar á los falsos dioses de Roma. Considérense sucesivamente todas las épocas desde Nerón á Constantino: á excepción de algún intervalo, estuvo siempre encendido en toda la extensión de la dominación romana el fuego de la persecución más violenta: los cadáveres de los cristianos palpitaban en los anfiteatros; sus entrañas arrancadas por los osos, los tigres y los leones cubrían las arenas; sus brazos esparcidos por todas partes se veían á cada paso en las plazas públicas; se tenían los ríos con su sangre y llevaban con horror los restos libertados de la voracidad de las llamas: aquí se veía á unos atormentados en los potros, estrellados bajo las muelas, precipitados desde la cumbre de las rocas; allí se veía á otros sumergidos en la profundidad de las aguas, arrastrados por bestias feroces, ahogados con la infeción de los calabozos, hechos pedazos con ruedas llenas de agudas puntas y hojas cortantes. En fin, recórrase el universo desde el oriente hasta las islas más remotas del occidente y hasta los helados climas del norte, desde las orillas del Eufrates y del Indo hasta las riberas del Rhin y del Danubio, y por todas partes se verá ejecutar en aquellos siglos las mayores crueldades contra los cristianos de cualquier sexo, edad, condición y estado: mujeres delicadas, cortesanos alimentados en las delicias, tiernas doncellas que no conocían todavía más que las dulzuras de la casa paterna y las inocentes caricias de sus madres, ancianos encorvados con el peso de los años, artesanos, habitantes de los campos, obispos y sacerdotes que habían encanecido á la sombra del santuario, y aun algunas veces niños que apenas habían salido de los brazos de sus nodrizas, éstos eran continuamente los objetos de aquel furor implacable.

Y ¡qué! ¿os parece, amados en el Señor, que la navicilla de la Iglesia se sumergía impelida del furioso viento de tantas persecuciones? Nada menos; la Cruz de Jesucristo hacia cada día nuevos progresos; la sangre de los mártires era en todos los lugares, según la

hermosa expresión de Tertuliano, una semilla fecunda de cristianos: ella persuade (mejor que pudiera hacerlo la elocuencia más penetrante) aquella religión celestial, tan evidentemente demostrada, tan sensiblemente grabada con el sello de la divinidad; y con una suave violencia que en nada perjudica á los derechos del libre albedrío, obliga á los hombres á sujetarse á la Cruz del Salvador. Y á la verdad, cuando se ve á los mártires confesar libremente á Jesucristo en medio de aquellos tormentos, hasta entonces inauditos, que se inventaban contra ellos ex profeso y cuya sola imagen hace temblar y estremecerse; cuando se ve el gozo en sus ojos y la serenidad grabada sobre su frente, aun cuando no es ya su cuerpo, sino sus llagas las que se despedazan; ¿podía nadie dejar de exclamar que era su religión divina? ¿Podía alguno ser testigo de su heroica constancia sin admirar una religión que elevaba el hombre á la clase de las puras inteligencias, desprendiéndole de la afición á su cuerpo y á sus sentidos, y haciéndole, digámoslo así, impenetrable á las impresiones del dolor? De ahí preveía que aun los mismos sacrificadores idólatras á pesar de las preocupaciones que los cegaban, no podían menos de admirarse, y muchos de enemigos de Dios se hacían discípulos de la Cruz venerable y sacrosanta; y así después de estos siglos de pruebas y al propio tiempo de gloria, la divina Cruz dominaba en todas partes; y aunque la herejía emuló en furor y en crueldad á la idolatría, triunfó igualmente de ella, condenando sus errores en los sagrados concilios.

¡Qué gloria! ¡Qué felicidad, hermanos míos! Las ramas de este árbol venerable se extienden á todas las edades, á todos los sexos, á todos los estados; y se ven sus preciosos frutos entre las fatigas apostólicas del ministerio pastoral en los Gregorios, los Agustinos, los Crisóstomos; entre los cuidados del matrimonio en las Adelaidas y las Margaritas; en la soledad de la viudez en las Paulas y en las Mónicas; en la inocencia de la virginidad en las Ineses, las Teresas y las Rosas. Transportaos con la imaginación á los espantosos desiertos del Egipto, de la Palestina y de la Tebaida; penetrad en ellos y mirad aquellos famosos solitarios; unos están continuamente llorando á las orillas del Nilo; otros en no interrumpida abstinencia en los páramos del Ponto; éstos penetrados de frío entre las nieves de Escitia; aquéllos tostados por los ardores del sol en las arenas de Libia; y allí se trasladaron unos desde el trato impuro del mundo, otros desde los más espléndidos deleites; éstos desde las más halagüeñas diversiones, aquéllos desde las más lisonjeras delicias, y ahora viven olvidados de sí mismos, pensando sólo en el cielo. Y ¿quién produjo

tan ópimos y preciosos frutos? La Cruz de Jesucristo. Toda la firmeza de la Iglesia y toda su virtud para fructificar en la vida eterna, nace de este árbol saludable de la santa Cruz: de ella proceden los ríos de los sacramentos que la riegan, la fertilizan y fecundan; de ella las fuentes de las gracias, el perdón de las culpas, la justificación de los pecadores, la gracia de los justos, la gloria de los bienaventurados; de ella la fe de los patriarcas, la esperanza de los profetas, la fortaleza de los mártires, la sabiduría de los doctores, la penitencia de los monjes, la perseverancia de los confesores, la pureza de las vírgenes. *Cruz tua*, dice el P. San León, *fons est omnium benedictionum et omnium causa gratiarum*. Debemos gloriarnos en ella, dice el apóstol San Pablo: *nos autem gloriari oportet in cruce domini nostri Jesu Christi*; porque de ella pende todo nuestro bien, nuestra salud, nuestra vida y nuestra resurrección: *In quo est salus, vita, et resurrectio nostra*: de suerte, dice el P. San Juan Crisóstomo, que como las aguas fecundan y conservan la tierra, así la Cruz sostiene al mundo cristiano. No hay fe, ni esperanza, ni caridad, ni remisión de pecados sino en virtud de la Cruz: no nacerá en la Iglesia una yerbecilla saludable, un pensamiento bueno sino en virtud de la Cruz: ella en verdad, dice el mismo santo padre, debe ser el fundamento de la Iglesia.

De aquí infirió San Juan Damasceno que la sagrada Cruz merecía mejor el nombre de árbol de la vida que el que puso Dios en medio del paraíso para conservación de la vida corporal. Tanto durará, dice el Señor, mi pueblo (que es la Iglesia), cuanto durare este precioso árbol de vida, del que depende y en el que está fundada. Esta doctrina dió Jesucristo á Nicodemo, que acudió al divino maestro para que le instruyese en los misterios de su gracia y reino celestial. Como Moisés exaltó la serpiente en el desierto, así conviene sea exaltado el Hijo del hombre, para que todo el que creyese en él, no perezca, sino consiga la vida eterna. Como el remedio, vida, salud, aliento y todo remedio de las mordeduras de las serpientes dependió de la de metal que Moisés levantó en un madero, así la vida espiritual, dones y todo cuanto es necesario para alcanzar la vida eterna, estriba en la Cruz en que fué levantado Jesucristo. Este es el fundamento de la doctrina del cielo: sin la Cruz no hay vida ni gracia para el hombre. La Iglesia sin este árbol divino no podría conservar la vida, el honor y los bienes que adquirió para ella con su sangre su divino esposo Jesucristo. El que miraba la serpiente que quedaba sano, no por la virtud de aquel metal, sino por la del Salvador divino y por la virtud de su Cruz que en ella se simbolizaba. El prin-

cipio de vida y de salud no podía encerrarse en un tronco de metal inanimado: la Cruz de Jesucristo es fuente de vida y de salud por la virtud de la sangre de inestimable precio que en ella se ofreció por la redención de los hombres.

De este madero santo en que fué clavado Jesucristo, ha colgado su eterno Padre, según la expresión de Isaías (cap. 22), todos los ricos vasos de su casa, desde los más pequeños, hasta los más grandes, más preciosos y de más valor. Los vasos que constituyen la riqueza y gloria de la casa de Dios, son los santos; y las virtudes y méritos de estos amigos del Señor dependen de tal manera de la sagrada Cruz, que sin ella no tendrían aceptación ni valor en la presencia divina. Si fueron eficaces las lágrimas y penitencias de la Magdalena, el dolor continuo de San Pablo, el amargo llanto de San Pedro y las penitencias de los demás santos, que habían sido en otro tiempo pecadores, todo esto fué por la Cruz de Jesucristo. Si los patriarcas tuvieron una fe viva, si los profetas una esperanza cierta, los apóstoles encendida caridad, los mártires invencible fortaleza, los doctores admirable sabiduría y las vírgenes hermosa limpieza y castidad, todo pendió de la Cruz de Jesucristo. Si los pecadores se justifican, los justos tienen gracia, los bienaventurados gloria, todo les viene de la Cruz de Jesucristo: todos estos dones, estas virtudes, esta gloria que hacen las delicias de la casa del padre celestial, todo pende y estriba de la Cruz de Jesucristo. Y como jamás podrá faltar de aquella morada celestial la felicidad y la gloria, tampoco faltará jamás en ella el madero santo que ha sido su origen. El Señor le conservará eternamente en sentir de muchos padres, singularmente de San Juan Crisóstomo, preservandole del fuego voraz que ha de asolar el mundo. Estará siempre á vista de los bienaventurados, que reconocidos á las mercedes y dones que por su medio les vinieron, rendirán á sus pies sus coronas y homenajes. Por ti, dirán, oh Cruz benéfica, fuimos redimidos: por ti fuimos libres del yugo del demonio, de la tiranía del pecado y de las penas del infierno: tú eres la gloria del mundo, el árbol de la vida y el principio de nuestra gloria: nosotros la tendremos en cantar eternamente tus alabanzas.

Por último, si quieres saber, ¡oh cristiano! (dice el mismo santo padre), la virtud de la sagrada Cruz y las cosas que pueden decirse en su alabanza, escúchame: escúchadle, hermanos míos, y oiréis también sus triunfos. La Cruz, dice el santo, es la esperanza de los cristianos, la resurrección de los muertos, la luz de los ciegos, el camino de los desesperados, el báculo de los cojos, el consuelo de los pobres, el freno de los ricos, la destrucción de los soberbios, la pena

de los viciosos, el triunfo contra el demonio. La Cruz es el pedagogo de los jóvenes, el piloto de los navegantes, el puerto de los que peligran, el padre de los huérfanos, el defensor de las viudas, el consejero de los justos, el descanso de los atribulados, el defensor de los párvulos, la cabeza de los varones, el fin de los ancianos. La Cruz es la luz de los que están sentados en las tinieblas, la sabiduría de los ignorantes, la gloria de los mártires, la abstinencia de los monjes, la castidad de las vírgenes, el gozo de los sacerdotes. La Cruz es el fundamento de la Iglesia, el honor de los templos, la repulsión de los ídolos, la ruina de los impíos, la virtud de los débiles, el médico de los enfermos, la limpieza de los leprosos, el descanso de los paralíticos, el pan de los hambrientos, la fuente de los sedientos, la protección de los desnudos. Esto y mucho más, dice el padre San Juan Crisóstomo de la santa Cruz, á cuyos pies postrados todos pedid que triunfe de vuestros vicios y que derrame sobre vosotros sus virtudes: que triunfe de vuestro orgullo, de vuestra altivez y soberbia, y que seáis desde este momento humildes: que triunfe de vuestra ira, y que seáis desde este instante mansos: que triunfe de vuestra avaricia, y que seáis desde ahora generosos: que triunfe de vuestra gula, y que seáis desde este momento templados: que triunfe de vuestra impureza, y que seáis desde este mismo día castos: que triunfe de vuestra envidia, y que seáis desde este instante caritativos: que triunfe de vuestra pereza, y que seáis desde ahora diligentes en el servicio del Señor: que triunfe de vuestra inmodestia, y que seáis desde este instante modestos: que triunfe de todos vuestros vicios y que os adorne desde este momento con todas las virtudes.

Si, Cruz adorable, Cruz preciosa, Cruz bendita, Cruz sacrosanta, triunfadora de nuestro corazón, de nuestra alma, de nuestro cuerpo, de nuestras potencias, de nuestros sentidos, de nuestros vicios, de nuestros desórdenes, de nuestros escándalos; adornadnos con vuestros frutos, con vuestros dones, con vuestras virtudes; y vos, Salvador divino, recibid nuestros afectos, nuestros homenajes, vuestras adoraciones: *Adoramus te, Christe*. Aceptad nuestros loores, vuestras alabanzas, vuestras bendiciones: *Et benedicimus tibi*. Dignaos de no desear estos votos que os tributamos, porque en ese leño adorable nos redimisteis del pecado, nos librasteis del demonio, nos librasteis del infierno: *Quia per sanctam crucem tuam redimisti mundum*; y porque esperamos en vuestra bondad, en vuestra clemencia y en vuestra misericordia que nos haréis participantes en la eternidad de la felicidad y de la dicha que nos alcanzasteis en la santa Cruz: sí, Dios mío, esperamos veros en el cielo por los siglos de los siglos. *Amén*.

## DE LA SANGRE DE NUESTRO SR. JESUCRISTO

*Habentes itaque, fratres, fiduciam... in sanguine Christi.*

Teniendo confianza, hermanos... en la sangre de Cristo.

(S. PABLO Á LOS HEBE. c. 10, v. 19.)

Alegraos, mortales, porque se ha acercado vuestra redención; alegraos, pecadores, porque vuestro remedio está ya preparado; alegraos, justos, porque vuestra virtud tiene ya su apoyo. Con estas sencillas, pero enérgicas expresiones, me ha parecido conveniente empezar mi oración. Al hablaros de la sangre preciosísima de Jesucristo que, según juzga San Juan Crisóstomo, fué causa de nuestra vida, no podía menos de empezar por tan feliz anuncio; y excluir una sola persona, sería injuriar en lo más vivo al divino Salvador. Todo el género humano, sepultado tanto tiempo en el sueño profundo de sus desórdenes, levanta la cabeza, para mirar gustoso las aguas teñidas de sangre que deben limpiarle enteramente de las heces del pecado. Pero, ¿ha variado, por ventura, hermanos míos, el orden de las cosas? ¿Se habrá olvidado el sencillo y natural idioma del corazón? A la verdad, cuando mi objeto no debía ser otro que hacer suceder el luto á la alegría, la palidez del rostro á la serenidad, la tristeza á la expansión, y que toda la naturaleza se vistiese las negras sombras del dolor; os exhorto á que desterréis la tristeza de vuestro corazón, y á que vuestra alma, entre lisonjeras esperanzas, se deje transportar de los dulces sentimientos de la alegría. ¡Dios eterno! vos habéis dado justo motivo al hombre, para que su corazón sensible se preste á las dulces efusiones del gozo. Como os habéis olvidado de vuestra justicia, en otro tiempo amenazadora y destructora de la obra de vuestras manos, es justo que ésta, siguiendo los sentimientos del Criador, salga del espanto en que estaba, y corra sin sobresalto por las regiones de la paz.

En efecto, hermanos míos; ya no se oye entre nosotros el espantoso ruido del trueno; ya no se ve la lóbrega luz del relámpago; ya